

noche entre el 31 de diciembre de 1900 (último día del año cien) y la madrugada del 1.º de enero de 1901 (primer día del año uno del siglo siguiente). Idéntica discusión a la que tendremos que soportar dentro de cinco años y que dará bastante de qué hablar.

LUIS H. ARISTIZÁBAL

Mujeres con plumas

La femme écrivain dans la société latino-américaine

Luisa Ballesteros Rosas

Editions L'Harmattan, París, 1994,
320 págs.

¿Qué les sucede a los catálogos consultativos de las bibliotecas parisienses?, fue lo primero que me pregunté al iniciar la lectura de *La femme écrivain dans la société latino-américaine* de Luisa Ballesteros Rosas. Editada en París recientemente, esta obra que pretende ser a la vez antológica y proselitista, resume (según el comunicado de prensa) una tesis de doctorado dirigida por Jean-Paul Duviols, quien firma el prólogo. Un libro indispensable, dice Duviols al comenzar. Escrito, reitera la autora en su introducción, para colmar "la ausencia de un estudio general sobre las escritoras latinoamericanas". ¿Qué les sucede a los catálogos consultativos de las bibliotecas parisienses?, vuelvo a preguntar. ¿Acaso no les funciona la red informática? Estudios generales sobre las escritoras latinoamericanas se han publicado ya. El hecho de que muchos se hayan elaborado en equipo, no justifica que se les desconozca en la Sorbona y que falten, lamentablemente, en la bibliografía alfabetizada de la obra que comentamos. Que su autora no haya tenido acceso, por ejemplo, al volumen prologado por Monserrat Ordóñez y editado hace cinco años por Siglo XXI en México, Buenos Aires y Bogotá, resulta tan inexplicable como que desconozcan, entre otros, los libros de Celia Zapata (1980), Patricia Elena González (1984)

o Juana Arancibia (1985). Estas referencias, sumadas a las de los múltiples coloquios y publicaciones de los últimos quince años, le hubieran sido muy útiles. Lo cierto es que sobre las latinoamericanas se ha publicado bastante últimamente, tanto, que se han organizado congresos y editado libros en torno a las argumentaciones metodológicas de la crítica literaria que las analiza¹. Seguramente, por no haber podido consultar esas fuentes, Luisa Ballesteros se empeñó en asumir una labor antológica y bibliográfica que por lo vasta resultó utópica. En efecto, ¿cómo embutir en 250 páginas la producción femenina latinoamericana de más de tres siglos? Antes de comenzar, la autora tendría que haber perfilado mejor su foco de estudio y establecido prioridades. ¿Inadvertencia de su director de tesis, tal vez?



No está por demás añadir, sin embargo, que el entusiasmo de Luisa Ballesteros por el tema tratado y su familiaridad con ciertas monografías consagradas a las grandes figuras pioneras, la saca adelante en los primeros capítulos. Un estilo espontáneo, más periodístico que académico, hace amena su lectura. Si es cierto que no aporta mucho a lo ya archisabido sobre las ilustres monjas de la colonia o las *femmes de lettres* que las suceden, su capacidad de combinar el dato biográfico con la circunstancia social y el momento político, le permite introducir a tiempo las citas textuales y dosificar la sinopsis de las obras estudiadas. Así, avanza con

facilidad hasta los umbrales de este siglo, incurriendo tan sólo en una que otra omisión. Entre ellas, la de Jerónima Nava durante la colonia y la de Josefa Acevedo de Gómez, casi, en la misma época en que también escribió Soledad Acosta de Samper sus relatos, novelas y artículos —no un único libro histórico, como lo pretende Luisa Ballesteros. Estos lapsos, por parte de una colombiana, nos sorprendieron tanto como su poco interés por Juana Manuela Gorriti, a quien apenas cataloga de paso entre las indigenistas, sin rendir homenaje a la gran polemista, política, periodista y pionera de la literatura fantástica conosureña².

Poetas del amor, llama Luisa Ballesteros a las famosas modernistas contemporáneas de Darío. Resumiendo hábilmente lo escrito sobre ellas, las presenta y las traduce con delicadeza. Al finalizar estas páginas, queda, sin embargo, la incógnita de por qué, luego de haber agregado a la lista de siempre (Mistral, Agustini, Ibarbourou, Storni) el nombre de Vaz Ferreira, no incorporó, para epilogarla, el tal vez más valioso de Clara Silva. Por suerte, al abordar la narrativa, surgen menos riesgos del *embarras du choix*. En Latinoamérica, la novela llega tarde: para el sur está bien comenzar con María Luisa Bombal. Es de lamentar que en el texto que le dedica, la autora incurra en una extrapolación desafortunada con respecto a las letras francesas, al atribuir a la protagonista de *La última niebla* afinidades existencialistas sartreanas. Que el autor de *La nausée* y la joven narradora chilena hayan sufrido ambos del "mal de éste siglo", resulta un tanto improbable. ¿Se deberá éste lapso a una convicción personal de Luisa Ballesteros?

Desgraciadamente, a medida que avanzamos en esta visión panorámica de la producción literaria femenina latinoamericana, los lapsos debidos a convicciones personales de la autora se repetirán más y más. Su intento de hilvanar con un hilo que conduzca de mujer a mujer y de país a país, produce a veces efectos insólitos. Así, por ejemplo, cuando pretende asemejar la obra de Silvina Ocampo a la de Clarice Lispector o cuando se refiere a Angélica Gorodisher como contemporánea de Cecilia Mei-

reles, en general, su habilidad para ampliar, explicitar o interpretar los textos críticos sobre cada autora tiende a disminuir en cuanto se aproxima a testimonios y ficciones más actuales, resignándose a las pocas referencias que puede ofrecerle una biografía, un ensayo o un artículo. Entonces, a pesar de valerse de datos, anécdotas o citas textuales, no puede disimular que un discurso ajeno la inspira. Así, por ejemplo, Dellepiane con respecto a Angélica Gorodisher, Cobo Borda con respecto a Marta Traba o Castilho y Felgine con respecto a Victoria Ocampo. Y... hablando de Victoria Ocampo, ¿por qué haber excluido de las páginas que le consagra, los nombres de compañeras tuyas tan sobresalientes como Luisa Mercedes Levinson y Gloria Alcorta? Después vendría la generación brillantísima de Griselda Gámbaro, Beatriz Guido, y la de otras un tanto más jóvenes, como Alejandra Pizarnik, Luisa Valenzuela, Luisa Futoransky, Alicia Dujovne... todas ya traducidas al francés y aparentemente olvidadas en esta antología.



Ahora bien: si los capítulos sobre la Revolución Mexicana y la narrativa paraguaya están bien documentados, el que concierne a los países andinos es pobre. Venezuela se reduce a Teresa de la Parra —se diría que ninguna narradora posterior hereda sus dotes novelísticos. La importantísima Antonia Palacios no figura ni siquiera en el índice final del libro. Luego, las páginas dedicadas a Colombia, dejan mucho que desear. El deslumbramiento por Flor Romero como narradora de la violencia tiende a opacar otras que interpretan con talento esa etapa trágica de la

vida colombiana. ¿Por qué, si en su bibliografía general Luisa Ballesteros incluye el *Manual de literatura colombiana* publicado por Procultura hace pocos años, no lo consultó para verificar ciertos datos? De hacerlo, se hubiera enterado de que Fanny Buitrago publicó en 1970 una gran novela sobre la violencia, tema que inspiró también a Alba Lucía Ángel una importante obra testimonial. A otro nivel, tendría que haber reconocido también en Elisa Mújica una creadora de ficciones célebre en el país, miembro de la Academia Colombiana de la Lengua y perteneciente a una generación anterior. También tendría que haberse informado de que en Antioquia escribe desde hace más de treinta años Rocío Vélez de Piedrahíta, a quien ni siquiera menciona en su índice general. Por último, debemos añadir que, al abordar a las escritoras costeñas, Luisa Ballesteros se inspira en un ensayo de Jacques Gilard que interpreta incorrectamente. ¿No se percata acaso de que en vez de admirarlas y considerarlas, Gilard denuncia su provincianismo y su banalidad, reivindicando en cambio la seriedad profesional de la barranquillera Marvel Moreno, cuya obra falta en esta antología? (como falta la de narradoras jóvenes —por ejemplo Ana María Jaramillo y Laura Restrepo— que escriben sobre la guerra sucia y el narcotráfico).

Más adelante, volviendo al cono sur, Luisa Ballesteros se dedica a defender contra críticos recalcitrantes a autoras tan valiosas como Armonia Somers y tan exitosas como Isabel Allende, quien le parece un caso excepcional por su talento y su compromiso en contra de la dictadura chilena. ¿Pero —nos atrevemos a preguntar— no se compromete igualmente Ana Vásquez? Sin embargo, Luisa Ballesteros no cita su obra, ni concede a la uruguaya Cristina Peri Rossi más que un par de páginas apresuradas. ¿Falta de tiempo? ¿Falta de espacio? Verdad, se diría, que a Luisa Ballesteros se le va agotando el tiempo y el espacio hacia el final de su libro. Fatalmente, la última parte, consagrada a Centroamérica y el Caribe, constituye casi un catálogo de nombres, títulos y fechas. Si Claribel Alegría y Gioconda Belli representan bien a Nicaragua y Claudia Lars a El Salvador,

Carmen Naranjo, de Costa Rica, merece unas pocas líneas —que, ni siquiera concede a congéneres de la dimensión de Yolanda Oreamuno o Eunice Odio. Poetas como la dominicana Aída Cartagena y la cubana Dulce María Loynaz absorben mayor atención, pero de Cuba sigue ausente el nombre de Nancy Morejón y de Guatemala el de Ana María Rodas. En cuanto a Puerto Rico, grandes figuras del pasado como Julia de Burgos, o del presente, como Rosario Ferré, quedan apenas consignados en el índice.



Citando a Jean Franco en su conclusión, Luisa Ballesteros se refiere a la prolijidad de la producción literaria femenina y a “la extrema variedad y multiplicidad de pistas seguidas y de caminos a veces contradictorios”. Quizá a esa configuración laberíntica se deban los tropiezos de quien intentó asumir una tarea tan ímproba que le fue difícil eludir tanteos metodológicos y detenerse en análisis semánticos o enfoques hermenéuticos propios. Sobra decir, para concluir, que este libro ignora o elude las disciplinas que ha asumido la crítica literaria en los últimos años. Tanto la semiología estructuralista, como la desconstrucción posmodernista le son ajenas. Tampoco hay indagación en el *parler femme*, o en la llamada ginocrítica. Editado en París, como estudio general de las letras femeninas latinoamericanas, puede constituir una fuente de información para el público francófono, pero corre el riesgo de ser demasiado superficial para el lector

universitario y demasiado didáctico para el lector de la calle. De ser traducido al español, tememos que no aporte mucho con respecto a lo que ya se ha publicado sobre estos temas. Esperamos, sin embargo, que el entusiasmo de Luisa Ballesteros, —autora, al parecer de un poemario y de una novela— pueda llevarla más adelante a un compromiso realmente serio como investigadora y ensayista. Al fin y al cabo, una tesis doctoral es solamente una primera etapa. Y para entonces, ella ya sabrá que, como dice el refrán, quien mucho abarca poco aprieta.

HELENA ARAÚJO

¹ Entre éstas, la compilación de Hernán Vidal es tal vez la más importante. Se titula *Bases culturales e históricas para la crítica feminista hispánica y luso-brasilera* (Universidad de Minnesota, Minneapolis, 1989, 653 págs.). En cuanto a los estudios generales sobre escritoras latinoamericanas, están entre otros: *Escritoras de Hispanoamérica, una guía bio-bibliográfica*, compilación de Diane Marting, prólogo de Monserrat Ordóñez (Siglo XXI Editores, Bogotá, 1990, 637 págs.); *Evolución de la literatura femenina de Latinoamérica*, de Juana Alcira Arancibia (San José [Costa Rica], Instituto Literario y Cultural Hispánico, 1985); *La sartén por el mango*, edición de Patricia Elena González y Eliana Ortega (Ediciones el Huracán, Puerto Rico, 1984); *Detrás de la reja*, de Celia Correas de Zapata (Monte Ávila Editores, Caracas, 1980). Paralelamente a estos trabajos colectivos, hay monografías o ensayos que conciernen sobre todo a las escritoras del siglo XX. Entre otras, *De la intimidad a la acción*, de Aralia López González (UAM, Iztapalapa [México], 1985) y *La Scherezada criolla* de Helena Araújo (Universidad Nacional, Bogotá, 1989). Paralelamente a estas ediciones en español, han venido publicándose una serie en inglés en Estados Unidos, entre las cuales se destacan la de Gabriela Mora (Ypsilanti, Bilingual Press, 1982) y la de Lucía Guerra (Latin American Literary Review Press, 1990).

² Sobre las escritoras neogranadinas y del siglo XIX ha escrito sobre todo Ángela Robledo, quien les dedica un capítulo muy bien documentado en el libro *¿Y las mujeres?*, de Ángela Robledo, María Mercedes Jaramillo, Flor María Rodríguez Arenas (Universidad de Antioquia, 1991). Ángela Robledo publicará este año un libro de y sobre Jerónima Nava, monja santafereña de la colonia. Con respecto al siglo XIX y a Juana Manuela Gorriti, sorprende que Luisa Ballesteros no le haya dado tanta

importancia como a Clorinda Matto y a Mercedes Cabello, a quienes Gorriti conoció y con quienes colaboró en diversas publicaciones limeñas. Sobre la vida y la obra de esta notable escritora, véase *Juana Manuela, mucha mujer*, de Martha Mercader (Planeta, Barcelona, 1983). Y sobre su contemporánea colombiana, Soledad Acosta, véase *Soledad Acosta de Samper, una nueva lectura*, de Monserrat Ordóñez (Fondo Cultural Cafetero, Bogotá, 1988).

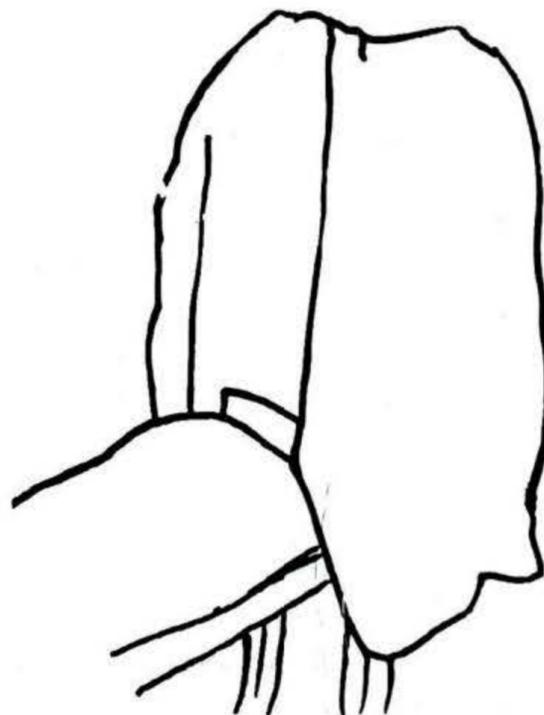
Pequeño relato ligeramente disonante del libro no publicado, en loor del fastidio editorial (un poco andante)

Poemas para sus amigos

León de Greiff (recopilación: Hjalmar de Greiff)

Editorial Universidad Pontificia Bolivariana, Medellín, 1995, 307 págs.

El centenario del nacimiento del poeta antioqueño León de Greiff (1895-1976) no ha pasado inadvertido: edición de un disco compacto, 15 poemas difundidos por Internet, desempolvada de obrillas inéditas, recopilación de textos —esta vez sí, para unas obras completas (¿repletas?) —, homenajes de los suplementos dominicales de los periódicos. En fin, toda una suerte de conveniente resurrección.



Esta profusión da lugar a mostrar varias cosas. Primero, que la extensión de los escritos greiffianos es mucho mayor de lo que parecía hasta ahora. A pesar de sus repetidas alabanzas a la abulia y al tedio (“de mis Pereza y de mi Noche nunca salgo” sic, pág. 67), De Greiff fue durante ciertos períodos un escritor incansable. En palabras del poeta Jaime Jaramillo Escobar: “Falso que él hubiese sido haragán, como decía. Porque no es posible creer que un perezoso acumule cultura tan prolija y legue a la historia del español una obra monumental...” (Dominical El Colombiano, 13 de agosto de 1995).

En segundo lugar, que sigue siendo, como tantos otros autores, más conocido que leído: unas cuantas composiciones y su peculiar personalidad lo popularizaron, pero su obra es exigente con el lector. En tercero, y al menos en opinión de este reseñista, que quizá la obra esencial y más significativa del poeta fue publicada en aquellas ya legendarias *Obras completas* de 1960 debidas al editor Alberto Aguirre en Medellín, y posteriormente copiadas sin ningún crédito ni pudor por Tercer Mundo. En cuarto lugar, que a pesar de tantas aproximaciones, casi todas periodísticas y testimoniales, sigue pendiente un estudio suficientemente comprensivo sobre un poeta, que en su momento fue peculiar, renovador e irreverente, muchos de cuyos textos con tales características sobreviven a los estragos del tiempo.

Poemas para sus amigos es una recopilación realizada por Hjalmar de Greiff, que contiene versos dedicados a los amigos del escritor, aparecidos antes en libros y otros que no lo fueron. El tema escogido es más un pretexto editorial que abre la puerta a toda clase de recopilaciones temáticas: poemas a la mujer, al amor, a la música, a sus personajes y así sucesivamente. Al final del volumen se encuentra una reseña biográfica de las personas a quienes León de Greiff les dedicó versos, unos cuantos comentarios sobre el autor, y por ninguna parte aparece un necesario índice donde se relacionen los poemas incluidos.

Por supuesto, no se trata de una publicación preparada por el poeta dentro de su ingente serie de *mamotretos*, y